

“Una agenda para las multitudes”, Clarín, Zona, 27 Agosto 2000.

La globalización trajo una proliferación de “radiografías del presente”. Buscando alguna que pudiera imaginar un futuro encontré, en marzo de este año y en el sector “Filosofía” de una librería norteamericana, Empire [Imperio] de Antonio Negri y Michael Hardt, un libro de 480 páginas editado por Harvard University Press.

Fue escrito en inglés a dúo, por un italiano que estuvo varios años en la cárcel y ahora enseña ciencia política en Padua, y por un joven norteamericano, ex profesor de Berkeley y, ahora, de Duke. Hardt y Negri ya habían escrito juntos El trabajo de Dionisos. Una crítica de la forma estado, publicada en 1994 por la Universidad de Minnesota. (¿Es que hoy, otra vez, la filosofía política se piensa en inglés y en italiano?) Pero la “conjunción global” Negri-Hardt, tan seductora, convoca el Berkeley- 68 y las Brigadas Rojas italianas. Piensan el presente a partir de ese tiempo; escriben el futuro de los conceptos de los años 60 y 70.

Imperio es uno de esos libros extraños que sólo puede producir el presente. Porque trata de definir el presente y al mismo tiempo define uno de los modos de leer del presente: una de las posibles filosofías de hoy. Es un libro post todos los filósofos del 68 y de las Brigadas Rojas. Post Marx-Wittgenstein-Foucault-Deleuze-Guattari. Algo así como la relectura de las relecturas de Nietzsche de los filósofos franceses de los años 60 y 70. De esa época les interesa la subjetividad y el cuestionamiento de la dialéctica y de las mediaciones. Pero Negri tiene hoy otra concepción del poder (en algunas librerías de Buenos Aires puede encontrarse la traducción de su libro sobre el Poder constituyente).

Hardt y Negri hablan de modernidad y posmodernidad, de biopoder (del poder sobre la vida de la gente), de sujetos con cuerpos, de producción de subjetividades, pero también hablan de “intelecto general” (una inteligencia social, colectiva, creada por los conocimientos y técnicas acumuladas -el concepto es de Marx, en el “Ensayo sobre las máquinas”). Hablan de identidades híbridas humanos-máquinas-animales, de producción de afectos, de procesos virtuales, de política potencial, de multitudes y de éxodos.

El libro es histórico, abstracto, virtual y optimista. En Imperio el presente aparece con un grado extraño de abstracción, en forma de redes, flujos, y trabajo inmaterial. El pasado aparece como una cantidad de historias: bíblicas, la historia del Imperio Romano (como modelo de la tradición euroamericana que ha llevado al orden mundial contemporáneo), la historia de la Constitución norteamericana, la historia de los imperialismos, de los organismos internacionales y muchas más. Y el futuro o el fin del Imperio, por su carácter virtual, aparece no sólo como programa político sino también como ciencia ficción, como profecía bíblica y leyenda cristiana.

Imperio es también un libro filosófico, histórico, cultural, económico, político y antropológico a la vez, de un modo indiscernible. En la postmodernización de la economía global, dicen Negri-Hardt, la creación de riqueza tiende cada vez más hacia la producción biopolítica, la producción de la vida social misma, en la que lo económico, lo político y lo cultural se superponen. Es también un libro posmoderno, cuyo orden puede ser roto. Dicen los autores que puede leerse de adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante, en un esquema transversal o a través de sus correspondencias. Y es también un libro impregnado de literatura: al fin de cada capítulo hay unas páginas en bastardilla, con otro tono, “lírico” o “literario”, donde la subjetividad y la pasión de los que escriben entran libremente para pensar o imaginar el futuro.

Finalmente, hay en Imperio un modo de leer el presente que podría marcar el límite de su reflexión. Se trata de un efecto de homogeneización típico de la mirada del centro (del imperio). Y quizás del idioma inglés. Dicen los autores que las divisiones espaciales de los tres mundos han estallado, de modo que encontramos constantemente el primer mundo en el tercero, el tercero en el primero, y el segundo ya casi en ninguna parte. Es cierto. Pero las consecuencias del Imperio no sólo son diferentes en el Sur y en el Norte, sino que pueden llegar a ser casi opuestas. Se reinstala en cierto modo una lucha de clases global, donde “las clases sociales” del imperio son los estados nacionales de primero, segundo o tercer orden. Más miseria y exclusión, menos protección, ajustes permanentes, deudas de la justicia; el presente argentino nos muestra esa diferencia que los autores no pueden ver desde los mundos y lenguas de primera clase con que escriben.

Pero ¿qué es el Imperio en el que todos estamos incluidos?

Dicen Negri-Hardt: el imperialismo era la expansión de las naciones-estados. El Imperio es un aparato de gobierno descentrado y desterritorializado, dos atributos absolutamente opuestos a los de la nación. Y es una serie de organismos supranacionales que incorpora progresivamente el entero reino global dentro de sus fronteras en expansión. Ni EE.UU, dicen, ni ningún otro estado nacional

pueden constituir ahora el centro de un proyecto imperialista. Estados Unidos ocupa una posición privilegiada en el Imperio, pero este privilegio no deriva de sus semejanzas con los viejos poderes imperialistas sino de sus diferencias, que se encuentran en las bases de la Constitución norteamericana, dicen Hardt-Negri.

Porque el Imperio señala un orden mundial que se expresa como una formación jurídica, desde el rol internacional de las Naciones Unidas hasta las organizaciones globales de hoy. Estas estructuras jurídicas son un buen indicio de los procesos de constitución global, porque sus cambios no solo conciernen al derecho y a las relaciones internacionales sino también a las relaciones internas de poder en cada país. Dicho de otro modo: las estructuras jurídicas internacionales inciden en el interior jurídico-estatal de cada país y lo transforman. El caso Pinochet podría ser una buena ilustración de este principio.

“Imperio” no es una metáfora, dicen Hardt y Negri; está caracterizado por su falta de fronteras, es un régimen que abarca la totalidad espacial. Tampoco tiene fronteras temporales, porque no se presenta como un régimen histórico basado en la conquista, sino como un orden que suspende la historia y fija el presente para la eternidad. El Imperio crea el mundo mismo que habita, porque no sólo regula las relaciones humanas sino que trata de regular directamente la naturaleza humana, la vida misma (y esto se ve claro hoy con el Proyecto Genoma).

El Imperio toma forma cuando el lenguaje y la comunicación, o el trabajo inmaterial, aparecen como la fuerza productiva dominante. El Imperio está hecho de redes y flujos de capital, y tiene que mantener intervenciones continuas en un estado de permanente excepción. Es decir, opera sobre el terreno de las crisis; las leyes internas y las supranacionales son definidas por la excepcionalidad. Eso se ve muy nítidamente en la Argentina de hoy, con la serie de decretos “de necesidad y urgencia”.

El libro fue escrito entre la guerra del Golfo y la de Kosovo. Uno de los síntomas de renacimiento del concepto de Imperio, dicen Negri-Hardt, es el interés y la efectividad del concepto de “guerra justa” o el derecho a la guerra, que se remonta a la tradición bíblica. Hoy aparece una fuerza de policía y una serie de funciones éticas que “sacralizan” la guerra. El Imperio se forma no sobre la base de la fuerza misma, sino sobre la base de la capacidad de poner la fuerza al servicio de la paz y el derecho, de su capacidad para resolver conflictos. Aunque la práctica del Imperio está

bañada en sangre, su concepto central es el de la paz, una paz perpetua y universal fuera de la historia. Paz, equilibrio, y cesación de conflictos son los valores hacia donde todo se dirige hoy.

La declinación del Imperio está inscrita en su ser. El espectro del Imperio es hoy la migración, una nueva horda nómada, una nueva raza de bárbaros que surgirá para invadirlo o evacuarlo.

¿Qué hacer con este Imperio? ¿Lamentarse, aplaudirlo, usarlo?

El Imperio no elimina la explotación, más bien la redefine. Tiene enormes poderes de opresión y destrucción, pero este hecho no nos produce nostalgia por las viejas formas de dominación, dicen Hardt-Negri, porque el Imperio ofrece nuevas posibilidades a las fuerzas de liberación. No lamentemos el presente, dicen (y saben que al decir esto están nadando contra la corriente de la izquierda); por el contrario: el potencial para la liberación ha crecido en la nueva situación. Nuestra tarea política no es simplemente resistir estos procesos de dominación sino reorganizarlos y redirigirlos a nuevos fines. El primer problema de la filosofía política hoy no es si habrá resistencia y rebelión, sino cómo determinar el enemigo contra el cual rebelarse, dónde localizar lo que llaman “la producción de opresión”.

En la última parte, titulada “Virtualidades”, es donde el libro parece alcanzar una dimensión de ciencia-ficción y a la vez de profecía bíblica, porque se funda en lo posible y lo virtual como campo de análisis. No es que lo posible y lo virtual sean lo mismo; ocurre que lo posible hoy sólo puede producirse (aparecer tecnológicamente) como virtual. Hardt-Negri saltan al mundo virtual para introducir un nuevo protagonista: la multitud. Y es esa multitud la que tomará en sus manos el futuro y hundirá el Imperio. La multitud contra el imperio: ¿cómo podría imaginarse su acción política? Ya no hay salidas utópicas, dicen Negri y Hardt.

La multitud del presente-futuro del Imperio se opone al viejo pueblo de las naciones modernas. El pueblo es uno, tiene una voluntad, una identidad, e implica la representación: el pueblo representa a la multitud, la nación representa al pueblo, y el estado representa a la nación. La multitud, en cambio, dicen, es una multiplicidad no homogénea, un conjunto abierto de relaciones que no representa sino que se constituye en la acción. Las fuerzas creativas de la multitud que sostiene el Imperio son capaces de construir un contra-imperio, una organización política alternativa de flujos e intercambios globales. Esas luchas tendrán lugar en el mismo terreno imperial, escriben Hardt y Negri.

Los pobres, el centro del campo político y productivo, dicen, están ausentes en el pensamiento postmoderno. Pero los pobres son la base misma de la multitud, los que han absorbido a los viejos proletarios: los excluidos, reprimidos, pero vivos, productivos, cada vez más poderosos y con una capacidad profética nunca vista.

Un artículo fundamental que anticipa y da las bases filosóficas del futuro de Imperio es “Virtuosity and Revolution: The Political Theory of Exodus”, de Paolo Virno, traducido al inglés en la compilación que el mismo Virno editó con Michael Hardt Radical Thought in Italy. A Potential Politics (Pensamiento radical en Italia. Una política potencial) publicado por la Universidad de Minnesota en 1996. Para Virno, el filósofo italiano que, para mí, representa la “política potencial” y lo más lúcido del pensamiento actual, el término “éxodo” (concebido de un modo diferente del modo en que la tradición liberal lo encapsula) define la defección en masa del estado, la evacuación de los lugares de poder, la desobediencia civil como centro de la acción política del presente. Y eso me recuerda el discurso del sindicalista disidente Hugo Moyano en la marcha del 31 de mayo contra el Fondo Monetario y el ajuste, uno de los pocos discursos que amenazó con el futuro de la “desobediencia fiscal” y que produjo más discursos críticos.

En la virtualidad y la política potencial de Imperio, uno de los primeros puntos del programa para la multitud global es una exigencia: ciudadanía global. El segundo: salario social y una entrada garantizada para todos los ciudadanos. Y dado que la comunicación ha llegado a ser la materia misma de la producción, el control sobre el sentido y el significado y las redes de comunicación será uno de los centros de la lucha política, dicen Negri-Hardt. Entonces el tercer punto del programa virtual de la multitud es el derecho al libre acceso y control del conocimiento, información, comunicación y afectos, porque estos son algunos de los medios de la producción biopolítica del Imperio.

El final de Imperio es uno de esos extraños injertos en bastardilla, literarios y líricos. Negri-Hardt definen allí al militante de la multitud contra el imperio. Y dicen que la leyenda de San Francisco de Asís podría iluminar la vida futura del militante. Para denunciar la pobreza la adoptó, en oposición al nuevo capitalismo. Y en oposición a la mortificación de la carne postuló una vida gozosa que incluía a la naturaleza y a todos los seres vivos. Hoy, en la posmodernidad, nos encontramos en la situación de Francisco, postulando la alegría del ser contra la miseria del poder.

Leí apasionadamente este libro tan lleno de conceptos, de historias y de imaginación. Y me gustaría que se leyera en esta Argentina tan necesitada de futuro.